

Exclusión social y pedagogía de la responsabilidad

por **D. Joaquín García Roca**

*Conferencia pronunciada
el 11 de enero de 2000*

Forum Deusto

Exclusión social y pedagogía de la responsabilidad

por Ximo García Roca*
Universidad de Valencia

Desde hace treinta años, he podido experimentar el largo camino hacia la configuración actual de la marginalidad, con todas sus rutas y sus veredas, he vivido intensamente todas las tramas de los perdedores y he descendido, a mi pesar, a todos los infiernos de la exclusión, de alguno de ellos todavía no me he curado del todo; me considero un *superviviente* de los territorios de la exclusión y a diario experimento la complejidad de una empresa que me regala diariamente más dudas que certezas, más preguntas que respuestas. A lo largo de estos años, me he atrevido a formular algunas hipótesis para evitar el naufragio, algunas se han confirmado y otras he tenido que revisar, pero ciertamente sólo he pensado aquello que he necesitado para sobrevivir. Cuando esto sucede, tenemos que conformarnos con «precarios restos de madera», como dice Ernesto SABATO. Y estos restos de madera, están conformados con trazos biográficos. Al tiempo que se hacen las ideas más complejas y las hipótesis más necesarias, estimamos alguna guía de ruta.

Diez años compartiendo el pan y la palabra, el vino y la salud con adolescentes y jóvenes, que entonces se identificaban como peligrosos,

* **Joaquín García Roca** es natural de Barxeta (Valencia). Licenciado en Filosofía (Barcelona), Licenciado en Teología (Salamanca), Doctor en Sociología (Roma). De 1980 a 1983 fue Director de la Escuela de Educadores Especializados en Marginación Social de la Excm. Diputación de Valencia y Director Técnico de los Servicios Sociales de dicha Diputación. Entre 1983 y 1985 fue Jefe del Área de Planificación de la Dirección General del Menor, y desde entonces hasta 1993 de la Dirección General de Servicios Sociales de la Generalitat Valenciana. Desde 1994 es Director del Colegio Mayor Universitario La Coma. García Roca es además Profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Valencia, así como en la Universidad Centroamericana (UCA) del Salvador. Sus publicaciones, tanto monográficas como en colaboración, son muy numerosas.

en riesgo o pre-delinquentes (Obra de Protección de Menores) me regaló la convicción de que el camino de la institucionalización de las carencias no llegaba a ninguna parte e incluso he llegado a pensar que el desasilamiento era la mayor esperanza de los débiles que alumbró la década de los 70; y llegué a entender la importancia de la proximidad y de los dispositivos afectivos para reconstruir las identidades personales y colectivas. Donde faltan los *espacios cálidos*, se retroalimenta el abandono. Cinco años administrando las herramientas de la planificación y de los presupuestos públicos, como Director Técnico de las Políticas Sociales en una Comunidad Autónoma, me bastaron para entender que sin el compromiso público no hay futuro para los empobrecidos, pero con él sólo tampoco. Entendí, entonces, que donde se fragilizan los *sistemas públicos*, se agrava el destino de los excluidos. Las leyes y los presupuestos son incompetentes cuando se trata de cambiar las personas. Se necesitaría el entusiasmo de las iniciativas sociales, la excelencia de unos profesionales entregados y las *sinergias* de todas las Administraciones. Desde las cenizas de lo público, no se construye ningún hogar para los excluidos; ni desde la prepotencia excluyente de las Administraciones, tampoco.

En contacto con la *exclusión urbana* que se cultiva en las periferias de las ciudades, donde hoy vivo y malvivo, he comprendido que la marginalidad es una trama, que se ha aliado con las patologías hasta destruir en gran medida al sujeto y sus relaciones, cuando no has elaborado un duelo, te has introducido en otro; pero he recibido el regalo que el futuro se construirá con ellos y desde ellos y he comprendido la importancia de la implicación social para derribar los muros de la exclusión: la lucha contra la exclusión es una *aventura colectiva*.

En permanente contacto con la realidad centroamericana, he experimentado que la vida y su sangre sólo tiene un pulso y un ritmo. A la luz y por la fuerza de los mártires de la Universidad Centroamericana (UCA) y de las comunidades, he aprendido a situar la erradicación de la exclusión como un capítulo esencial en la *lucha por la justicia*, y he estimado un modo de existencia martirial capaz de asumir el peso de la realidad.

No disponemos de tiempo para adentrarnos analíticamente por los mundos de la exclusión ni identificar sus itinerarios, me propongo hoy acceder a los desafíos de la marginalidad desde la perspectiva de la responsabilidad que genera, como alude el título de mi comunicación; quiero solicitar todas las energías para afrontar la gran cuestión que abre el siglo. El siglo XIX se cerró con una herida sangrante por donde

afloraban sus contradicciones y sus conflictos: fue la *cuestión obrera* con sus satélites de pauperismo, miseria, explotación, muertes prematuras y un largo etcétera. El siglo xx se cierra con otra herida por donde afloran igualmente nuestras contradicciones y conflictos: es la *cuestión de la exclusión* con sus satélites de marginalidad, inadaptación y desgregación. La pervivencia de la exclusión plantea en toda su radicalidad la gran cuestión ética de fin del milenio que marca la altura moral de una sociedad, por donde sangra la dignidad de todos: ¿dónde dormirán los excluidos en el próximo milenio? Plantea asimismo la gran cuestión política, ya que vivir juntos es hacer recular la exclusión y vivir humanamente es ampliar el nosotros humano, desplazar sus fronteras, achicar los espacios de la marginalidad; e incluso plantea la gran cuestión religiosa, ya que el problema teológico más radical hoy es cómo decir a los excluidos que Dios les ama; ¿quién y dónde podrá alimentar su esperanza? ¿Qué mesa les podrá acoger como comensales? Vivir *con* los otros, ser *para* los otros y hacer *por* los otros es el sueño ético, político y religioso de toda sociedad, que debe ser afirmado aunque sea económica y culturalmente incorrecto.

El nuevo estatuto de la exclusión social

1. Las tres rupturas

La experiencia contemporánea de la exclusión se ha puesto en relación con tres rupturas, que son el resultado de auténticos seísmos, que originan circuitos excluyentes y ondas expansivas sobre el resto de la sociedad.¹ Se trata de un virus mutante que combina en su interior diferentes elementos de muy distinto origen: algunos de carácter estructural o sistémico, que aluden a una organización que orilla y expulsa; otros de tipo relacional o contextual, que aluden a la desafiliación y a la ruptura de los vínculos sociales; y los terceros, que se domicilian en el sujeto, en su capacidad de amar y de esperar, de desear y de soñar. La exclusión es la radicalización de la pobreza; es la pobreza allí donde ésta se convierte en desgarramiento personal, en desafiliación colectiva, en ruptura cultural.

Las tres rupturas han ido cristalizando en una intensa geografía social que va desde ciertos subgrupos que habitan en barrios desheredados y

¹ GARCÍA ROCA, J.: *Contra la exclusión*. Santander, 1995.

en las fronteras de un mundo de privilegio, hasta países orillados de los circuitos económicos mundiales, desde los alumnos de escolaridad fracasada con deficiencias múltiples hasta los parados de larga duración, desde los jóvenes sin empleo hasta las personas golpeadas por la drogodependencia, desde la violencia doméstica hasta la inadaptación juvenil. Asistimos hoy a un cambio de personajes y también de decorado. En la nueva escena no se repiten los mismos personajes, aunque aquéllos anden en papeles secundarios. Como lo expresa poéticamente Pedro Casaldáliga,² «eran diez leprosos./ Era esa infinita legión/que sobrevive a la vera/ de nuestra desatención./Te esperan y nos espera/ en ellos Tu compasión./Leproso, Tú y compañía/carta de ciudadanía/ nunca acaban de dar».

La condición de excluido está vinculada, en primera instancia, a la existencia de una organización que orilla y expulsa a personas y grupos. La exclusión se ha instalado en el corazón mismo de la sociedad hasta invertir su orientación inclusiva.³ Mientras el sueño de la inclusión era que el crecimiento económico y el bienestar social incorporaría cada vez a más sectores sociales como si viajaran en la misma dirección pero con distinta velocidad, la realidad de la exclusión puede compararse al viaje colectivo de un tren en el que los vagones que transportaban a los más vulnerables fueron desenganchados. La existencia de la exclusión expresa y se alimenta de los conflictos sociales, que son las grandes *fracturas* de carácter estructural, instaladas en la organización social: el conflicto capital-trabajo, el conflicto norte-sur, conflicto varón-mujer, el conflicto entre capital financiero y producción y el conflicto entre el ser humano y la naturaleza. En segundo lugar, el estado actual de la exclusión alude a la existencia de *contextos inhabilitantes* que rompen los vínculos sociales y consagran la desafiliación. Las exclusiones actuales, de cualquier índole, afectan a las relaciones, al modo de ser y estar en el mundo. Tienen sus vinculaciones sociales rotas y fragilizados los nexos relacionales. La exclusión alude, de este modo, a la presencia masiva y desafiante de la *desafiliación*, a la ruptura de los contextos y de las relaciones: redes familiares, vecinales, amistosas que protegían al individuo y le concedían protección, seguridad y libertad. La existencia de unos contextos disgregados, fragmentados, atomizados inhabilitan para el ejercicio de las solidaridades de proximidad y en indi-

² *Sonetos neobíblicos precisamente*, Nueva utopía, Madrid 1996, p. 43.

³ FOUCAULD J.B. PIVETEAU, D. *Une société en quete de sens*, Odile Jacob 1995. p. 144-145.

viduos sin apoyos. Nos encontramos ante *redes que no dan protección, no dan seguridad y no dan libertad*, sino desanclaje de personas que deambulan como supernumerarios, sin territorio y sin pertenencia.

Finalmente, lo más visible de la exclusión es que resulta mortal para el individuo. Los excluidos de hoy, como los pobres de ayer y los indigentes de anteayer, son los que mueren antes de tiempo (casi 200 millones de personas no llegarán a vivir 60 años), los que dejaron de esperar (vivir es una pesada carga). La exclusión en esta tercera dimensión se hermana con la destrucción de los dinamismos vitales que en última instancia significa muerte en sus distintas manifestaciones: la *muerte física*, la muerte síquica, la muerte *legal* y la muerte *social*, que equivale a insignificancia, a no contar socialmente; ser excluido significa no contar para nada, no ser considerado útil a la sociedad, ser descartado de la participación y sobre todo sentirse insignificante.

2. *Las tres dimensiones de la responsabilidad*

La responsabilidad, que requiere el estado actual de la exclusión, se despliega necesariamente en tres direcciones convergentes. En la medida que la exclusión nace y se reproduce en el interior de auténticas *tramas estructurales*, que no sólo crean la exclusión, sino que agarrotan a los excluidos, la erradicación de la exclusión remite fuera del excluido la razón de su exclusión. Afrontarla es perseguir sus tramas y afrontar la distribución del poder económico, político y social. No hay solución si no se mueve también la sociedad. Hay una mala representación de las estrategias contra la exclusión que las sitúan en el excluido, en sus habilidades y en sus capacidades, pero sin mover nada. Se olvida que erradicar la exclusión, finalmente, es entrar en una realidad conflictiva y conflictuada. En la actualidad posmoderna y neoliberal, pareciera que mencionar conflictos y cruces, casi se ha convertido en cosa de mal gusto.

En la medida que la exclusión se conforma en contextos, vinculaciones y relaciones, afrontar la responsabilidad nos lleva a recrear relaciones. Ya no interesa sólo saber *contra* quién luchas, sino *saber con quién vives y de quién dependes*. La erradicación de la exclusión requiere de un diferencial de la cooperación capaz de crear nichos ecológicos, redes sociales, espacios de cordialidad.

Finalmente, el estatuto actual de la exclusión remite a recrear *identidades personales*, razones para vivir, dinamismos vitales que activen la confianza, la identidad personal y social que exigen de proximidades y convicciones, valores capaces de seducir y movilizar.

3. Los procesos, riesgos y tiempos

Otra transformación radical de la exclusión le aproxima a la condición de *proceso* y al estatuto de *riesgo*: antes de sustanciarse en personajes y lugares, se disuelve por el cuerpo social, está deslocalizado y se domicilia en la casa de cada uno. Entre estar de pie y estar caído se sitúa el ir cayendo, que tiene la forma capilar del riesgo, en el que concurren muchas desventajas juntas, que se retroalimentan mutuamente: la renta, el paro, la baja cualificación, la vivienda inadecuada, la mala salud, la ruptura familiar, la insignificancia y la desafiliación. Su condición de proceso incorpora la experiencia de un triple tiempo o el dilema de los *tres relojes* que DARENDORF identificó en la reconstrucción de la sociedad pos-soviética: seis meses pueden ser suficientes para elaborar una reforma constitucional, seis años pueden no bastar para actuar una reforma económica, mientras que la formación y difusión de valores, comportamientos y estilos de vida de una sociedad civil moderna pueden necesitar generaciones enteras.⁴ La lucha contra la exclusión sólo tendrá éxito si acertamos con los tres relojes, si ninguno de ellos se atrasa y ninguna hora se menosprecia: el *tiempo largo* para revertir la organización a través de la lucha política y económica, el *tiempo intermedio* para crear nuevas redes sociales o amortiguar la ruptura del tejido social y el *tiempo corto* para las estrategias de acompañamiento que rehagan las identidades.

Pedagogía de la responsabilidad

¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos situarnos en dirección a la salida? Afrontar una realidad con tantas aristas exige una *refundación de la responsabilidad*, personal y colectiva, una responsabilidad que queda seducida por el rostro humano, obligada por el peso de la realidad; hermanada con la convicción, que deja de ser un imperativo externo para ser un espacio inmantado por el compromiso personal y colectiva.

Aludo a la construcción de cortafuegos y diques para expresar las tres dimensiones de la responsabilidad (política, social y cultural) . Los cortafuegos son imágenes que expresan el lugar de la línea de fuego,

⁴ DARENDORF, R *Reflectios on the revolution in Europe*. Clatto and Windus, London 1990.

donde se defiende el futuro de sus vidas; el lugar de donde no es permitido volver atrás; y el refugio donde podemos librarnos de la destrucción.

En mi reciente estancia en Centroamérica percibí la fuerza de la construcción de diques para resistir tanto al huracán del Mitch como al huracán neoliberal. Entendí que el secreto de la vulnerabilidad está en las resistencias; a los huracanes sólo se les reduce a través de las resistencias. La pregunta clave hoy es cómo construir diques ante el sufrimiento innecesario, cómo reducir la vulnerabilidad. Yo era un niño rural y las primeras imágenes de la salvación las tengo asociadas al cortafuego cuando las amenazas venían del fuego: cuando había un incendio, los del pueblo construíamos cortafuegos como el lugar de defensa y de resistencia. Cuando me hice adulto, la presencia del cortafuego fue persistente e incluso llegó a agobiarme; empezó a significar no ya la imagen de la salvación sino la línea de fuego, el lugar donde se concentra el esfuerzo y marca la prohibición de ir hacia atrás; los cortafuegos sirven para salvar la vida de los otros, pero no estoy seguro de que salven la vida de uno. Ya adulto presencié la muerte de seis muchachos cuando trataban de defender a los otros.

Esta experiencia vital del cortafuegos ha sido recuperada recientemente por la sociología francesa para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal y contra el pensamiento único, para desencadenar una movilización y romper con la apariencia de unanimidad que caracteriza el discurso dominante.⁵

¿Dónde están hoy las líneas de fuego? ¿Qué espacios de resistencia se pueden construir para romper el destino de los excluidos?

El cortafuego de la presencia

En el combate contra la exclusión, hay una primera línea de fuego que consiste simplemente en estar; y al estar, comprender; y al comprender, romper la autoreferencialidad que se reproduce en sus propios circuitos y se retroalimenta. Como aquella madre de la Plaza de Mayo que, al saber que su hijo había desaparecido (conocimiento), le creció —según dice ella— un tigre dentro de sí (ética) y en adelante no ha he-

⁵ BOURDIEU, P. *Contre-feux. Propos pour servir à la résistance csion néo-libérale. Raisons d'agir*. Paris 1.998. (Trad. castellana. Anagrama, Barcelona. 1999).

cho otra cosa que buscarlo (política). La presencia integra los tres momentos: el saber, que constata; la fuerza, que le hace resistente; y la pasión por transformar las cosas.

Mecanismos de abstracción. La invasión del mercadeo

La autoreferencialidad se alimenta, en las sociedades avanzadas, a través de la abstracción y del anonimato: se alimenta sobre la ignorancia del sufrimiento y sobre la incapacidad de mirar cara a cara al excluido. Es un ejercicio de la ceguera personal y colectiva. La forma más perversa de neutralizar el sufrimiento, hoy, consiste en utilizar el mecanismo de la abstracción: hay millones de excluidos del mundo laboral, pero no conocemos a ningún parado; hay millones de excluidos de las condiciones de vida, pero no tienen nombre. Se soportan mejor los números que proclaman la situación de la economía mundial e incluso los muertos de la guerra cuando no tienen rostro.

En la actualidad, el anonimato ha quedado consagrado por el *furor del mercadeo*, que se sustancia en la exaltación de la competitividad y del más fuerte, que llena el mundo de discriminaciones; y por la *carcoma de la indiferencia*, que consagra una sociedad de artefactos y de soledades anónimas. El mercadeo es hoy como esa locomotora del metro que arrancó sin conductor y fue a la deriva hasta que algunos pasajeros encontraron los *frenos de emergencia*. La presencia, que rompe el anonimato y la autoreferencialidad, es uno de esos frenos de emergencia, que actúa de cortafuego a la exclusión.

Rodeados de artefactos, vivimos la *plaga de la indiferencia*, que ha quedado consagrada por el actual clima neoliberal que permite pasar de largo y hacernos indiferentes. Hace unos días, saltaba a la prensa una noticia escalofriante y emblemática de este tipo de sociedad: una persona se mantuvo durante cinco horas sentada en el metro de Nueva York, rodeado de gente anónima, que no percibía que estaba muerta a causa de un infarto. En el interior de esta gigantesca maquinaria anónima, aquel hombre era un simple engranaje, que nadie recordaba.

«No oyes el río de lágrimas porque no has llorado. El día que nosotros lloramos, caímos en la cuenta de que otros también lloran». Así empezaba su homilía Monseñor Arturo Lona en la masacre de Chiapas, donde mataron a adultos, mujeres y niños en la Navidad de 1998.

Ante la locura del mercado, que sirvió para rodearnos la vida de artefactos comparables pero nos alejó de aquello que más queríamos (sólo un cuarto de hora diario dedican los padres a hablar con sus hijos: todas sus horas las necesitan para ilusorios combates), hombres y mujeres se organizan en asociaciones de solidaridad, que intentan desactivar la fuerza del mercadeo, que no nos hacen más felices sino que crean incesantes pirámides de sacrificios.

Simplemente estar

Las *organizaciones solidarias* responden a la lógica de la cercanía y de la proximidad. Ante los procesos de exclusión, se trata simplemente de estar ya que la vida puede ser vivida a partir de los excluidos, de los últimos, los débiles, los oprimidos, los fracasados y los pobres. SARAMAGO en su reciente visita a Chiapas lo reconocía de un modo supremo: «Porque en realidad se trata de eso: de comprender. Comprender la expresión de esas miradas, la gravedad de esos rostros, la manera simple de estar juntos, de sentir y de pensar juntos, de llorar juntos las mismas lágrimas, de sonreír con la misma sonrisa. Comprender la forma en que las manos del único superviviente de una masacre se colocan como alas protectoras sobre la cabeza de sus hijas, comprender esa corriente sin fin de vivos y muertos, esa sangre derramada, esa esperanza recobrada, ese silencio de quien reivindica, desde hace siglos, respeto y justicia, esta cólera contenida de quien, finalmente, ha dejado de esperar».⁶

La lucha contra la exclusión empieza siendo un ejercicio de estar juntos y acompañar; requiere entrar en el mundo de los excluidos por la puerta de la amistad, despertar las fibras más hondas de cada uno de nosotros, que se despliega en comunicación humana y en proximidad cotidiana. Sólo de este modo se conmueven los pilares de la exclusión. Los excluidos antes de ser un grupo social o una clase explotada, antes de ser una raza marginada, antes de ser una cultura discriminada, antes de ser un género no suficientemente apreciado... son personas con biografía personal. Ser excluido es también una historia personal y una manera de ser humano.⁷ De este modo, la presencia rompe el anonimato y los excluidos recuperan su nombre y con ella, su historia e identidad. Ser solidario es siempre dar identidad, dar valor, hacer que al-

⁶ Le Monde Diplomatique, 1998.

⁷ GUTIÉRREZ, G. Renovar la opción por los pobres, en *Sal Terrae*, 983 (1995), 683.

quien se sienta persona. El mundo de la exclusión está habitado por personas y sólo cuando el excluido se destaca como persona, queda dignificado para transformar su propia situación y romper el destino de la exclusión.

El cortafuego de la presencia es un dique contra el olvido y contra la abstracción, que está generando una espléndida geografía de organizaciones solidarias, con su presencia en el campo de la droga, de las minusvalías, de la ancianidad, de menores en riesgo...; se han anticipado a las leyes y a las respuestas institucionales y, de este modo, son un buscador continuo de nuevas fronteras.⁸ En algunos pueblos de Latinoamérica existe la costumbre de pedir que nos despierten diciendo: «Recuérdeme a las seis». Se establece una relación entre la memoria y la continuación de la existencia.

Cortafuego de la palabra

La victoria de la exclusión se produce en el terreno de la palabra y en el campo de la interpretación, mediante dos operaciones: silenciar o desprestigiar todo capital simbólico, que movilice hacia una sociedad más convivencial e igualitaria y apoderarse de la capacidad de interpretar los hechos y nombrarles. El efecto 2000 ha sido paradigmático del poder de interpretar los miedos; mientras en los otros milenios lo que resultaba desafiante eran las plagas de los pobres, en la actualidad los miedos vienen de dentro del club de la abundancia. Las universidades tienen aquí un serio papel que cumplir.

El mecanismo del encubrimiento

A los procesos de exclusión les resulta esencial el encubrimiento que es la forma más peligrosa de la mentira, es como la macroblasfemia contra los excluidos. Se miente cuando se oculta la realidad estructural, cuando se crean eufemismos para identificarla, cuando se pretende que los excluidos son los únicos responsables de su exclusión, cuando se proclama que vamos por buen camino porque hay crecimiento macroeconómico.

⁸ GARCÍA ROCA, J.: *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*. Hoac. Madrid, 1998, p. 335.

La exclusión ha institucionalizado el *doble lenguaje*, como ha quedado de manifiesto en el reciente Consejo Mundial del Comercio. El ejercicio de la liberalización, como soporte de la globalización, llega sólo hasta donde es beneficiosa para los países ricos; y se detiene donde podría beneficiar a los países pobres. Los apóstoles del neo-liberalismo palidecen ante la pura posibilidad de liberalizar el mercado mundial de la mano de obra, con el pretexto de que no es «realista» abrir las fronteras a los inmigrantes, aunque sea tan realista como otras medidas económicas liberales, sólo que ésta no perjudica tanto a los pobres como a los ricos.⁹

Es usual hablar de la globalización ocultando su carácter selectivo ya que el naciente mundo único no significa que sea ya para *todos*, ni siquiera que llegue a todos los lugares —piénsese, por ejemplo, en gran parte de África. Ocurre como con el cine: si alguien se levanta, ve mejor que los otros; si algunos más se levantan, también ven mejor, pero si todos se levantan, ven peor. La globalización resulta ventajosa si la gran mayoría de los países no la practican o no pueden practicarla.

Y nada resulta más encubridor que el recurso a mecanismos sagrados. Los teólogos economistas de la globalización han elaborado una serie de legitimaciones para justificar la espera incumplida. El secreto del engaño consiste en desplazar hacia el futuro lo que se niega hoy, solicitando así la renuncia y el sacrificio de la actual generación. Sin embargo, «no hay el más mínimo signo de que la riqueza del Primer Mundo o, incluso, la modesta prosperidad del Segundo y, mucho menos, el dinamismo de los países recién industrializados, rebose y caiga sobre el resto. Para los amigos de la libertad —concluye el liberal DARENDORF— esto resulta intolerable»¹⁰. La ideología al uso mantiene que la globalización producirá beneficios para todos, pero después de un tiempo de ajustes estructurales y de grandes pirámides de sacrificios. Se justifica el sacrificio de unas vidas en el altar de un sueño ilusorio. De este modo, ha sido elevada, en ciertos ambientes, a la categoría de acontecimiento salvífico del que se espera, ineluctablemente, bienes providenciales. Y se oculta que el crecimiento ha venido fracasando en unos 100 países donde vive casi un tercio de la población mundial, que ha padecido declinación o estancamiento económico¹¹ o que desde 1970 a 1991, la relación entre la porción que corresponde a los más

⁹ GONZÁLEZ: Orden mundial y liberación. art. cit. p. 647.

¹⁰ DARENDORF, R.: *El conflicto social moderno*. Mondadori, Madrid 1990. p. 12.

¹¹ PNUD: *Informe sobre desarrollo humano 1996*. Mundi Prensa. Madrid. p. 1-12.

pobres aumentó de 30:1 a 61:1. Este desequilibrio puede considerarse en términos personales. «Hoy en día, el activo de las 358 personas más ricas es igual al ingreso combinado del 45 % más pobre de la población mundial, 2.300 millones de personas».¹² ¿Dónde se desborda el crecimiento a favor de los últimos?

Las ideologías, que actualmente crean mayor cantidad de exclusiones, se han apoderado del poder simbólico de ciertas palabras. En la literatura europea se habla de «menos favorecidos» para representarse la exclusión. La desregulación con frecuencia significa plan de saneamiento que puede tirar a la calle a 2.000 personas. La flexibilidad laboral a menudo significa trabajo incontrolado, trabajo irregular, extranjeros a bajo coste en trabajos vejatorios.

Nombrar los infiernos actuales o la beligerancia de la palabra

Frente a la irracionalidad imperante, la beligerancia estriba en la denuncia de la irracionalidad y en el esfuerzo por superar su mentira, que configura la sociedad, la historia y las personas. No necesitamos de alaridos ni de acciones violentas; lo nuestro se inscribe en la rebeldía de la razón y de la justicia.

Pero no se trata de cualquier palabra ni de cualquier comunicación. La palabra sólo es posibilitadora si hace lo que dice y, entonces, se vuelve creadora de futuro. Para lo cual necesita ser competente técnicamente, formada, que sepa dar razones verdaderas e indicar caminos viables. De este modo, la palabra es eficaz cuando se hace historia y crea realidades también nuevas. La palabra es, de este modo, el órgano de las posibilidades, porque con la palabra llega la libertad y la capacidad de ser dueños de nuestros sueños. Cada acción contra la exclusión es o la realización de posibilidades, o es arranque de posibilidades, o ambas cosas a la vez.

La victoria se gana también en los medios de comunicación, en el tratamiento de la información, en las interpretaciones de la realidad. Lo que no se ve o no se pronuncia es como si no existiera. La exclusión tiene la existencia de la piel que, de tan visible, se confunde con el propio paisaje social. Por eso, se hace indispensable cultivar una actitud de oposición a las redes de la mentira y conectar con el detector de basuras al abrir el periódico o poner la TV.

¹² PNUD, *op. cit.* p. 15.

La presencia en el mundo de la exclusión necesita del «espíritu de verdad»: en algún lugar, la realidad de la exclusión ha de tomar la palabra y, de este modo, liberar la verdad.¹³ La verdad es lo único que tienen a su favor los excluidos: la verdad les devuelve a la realidad y hace posible tomar conciencia de lo que son y de lo que otros han hecho con ellos. La verdad sana, mientras que la mentira deshumaniza. Los excluidos cuentan con la verdad, pero los opresores buscan por todos los medios el encubrimiento de la verdad. En el mundo de los excluidos hay que nombrar a los infiernos, donde se hace la experiencia de la muerte, de la inexistencia y de la nada; es el corte de todas las relaciones con los otros, donde se hace difícil continuar incluso el diálogo con Dios.¹⁴ «Por infiernos entendemos... los lugares donde está el marginado, el que no llega a constituir un «tú» y a veces ni un «yo». En ese infierno malviven: ancianos demenciados, turutas sin remedio, drogadictos, alcohólicos crónicos, gitanos, extranjeros no regularizados ni regularizables, y todo un largo etcétera».¹⁵

El cortafuego de la dignidad

Cada vez más, la dignidad tiene un lugar central en la vida de todas las personas y en especial de los excluidos, que la necesitan incluso para su supervivencia. El estado supremo de la exclusión es la negación de la dignidad humana, que rechaza al ser humano en cuanto humano. No resulta indiferente que la demanda más expresada por los excluidos es «que se reconozca nuestra dignidad». Una dignidad que no le viene del posicionamiento social o de su papel en la sociedad, sino que se afirma absolutamente; en palabras de LEVINAS, «no procede de tal o cual etiqueta institucional prestigiosa, sino de la desnudez de su rostro. Un rostro que recibe el sentido de sí mismo. Un rostro que me habla y me llama a responder».¹⁶

¹³ Debo esta concepción liberadora de la verdad a mi amigo Jon SOBRINO, que la transmite con toda su inteligencia en Carta a las Iglesias.

¹⁴ ALEXANDRE, D.: «Descendió a los infiernos. El médico debe estar junto a los enfermos», en *Sal Terrae* 1.012 (1998), 408 ss.

¹⁵ SEGOVIA, J.L.: «Descenso a los infiernos o las moradas de la marginación» *Boletín CEMI* 44, Octubre 1995, 10-14, citado por D. Alexandre, p. 419.

¹⁶ LEVINAS, E.: *Le temps et l'autre*. PUF. 1994 (3.ª ed.), p. 83.

El mecanismo de la humillación

La hermana mayor de la exclusión social es la humillación, que trata a los seres humanos como si no fueran humanos (como animales, máquinas, objetos o artefactos), impiden la autonomía de la libertad (ser encarcelados, ser dominados, ser drogados) y excluye de la familia humana. La humillación planea sobre los excluidos.

La humillación sólo se neutraliza a través del cortafuego de la dignidad, como muestran quienes han sobrevivido a las situaciones límites y han visto que lo peor de su sufrimiento ha sido la humillación. El reto mayor que tiene hoy la lucha contra la exclusión es no ser humillante, sino decente. Con instituciones, métodos y estrategias humillantes para los excluidos, nadie podrá erradicar la exclusión. Una institución digna y decente es la que no humilla a los excluidos y respeta su dignidad personal.¹⁷ La lucha contra la exclusión ha de ser digna y decente; y exige pleitear contra todos los aspectos humillantes, tanto en cuanto al contenido como en las formas.

El nombre de la dignidad en la conciencia mundial se llama reconocimiento de los derechos; su negación es el mayor nivel de humillación institucional. Desde la perspectiva política, la existencia de los excluidos significa que algunos no tienen garantizados los derechos que comporta su ciudadanía en las tres dimensiones de la ciudadanía: la civil, la política y la social.

Pero también la dignidad se expresa en las relaciones de ayuda con con las personas marginalizadas. La *burocracia* tiene un gran potencial humillante: cuando ves sangrar la necesidad y oyes el bramido del niño o del anciano o del minusválido y sientes cómo tarda la resolución de una ayuda; cuando se investiga la última razón de una desgracia y observas cómo les obligamos a mentir, vivimos profundamente la humillación de la dignidad; cuando te pide salir de la exclusión y tú le das un cheque, le humillas; cuando el staff funcional, sentado detrás de la mesa, somete la necesidad del excluido al tiempo de la Administración... Una sociedad decente pide la reforma urgente de la Administración social.

Asimismo, la *ayuda* tiene un gran componente de humillación. Se humilla cuando se da por benevolencia aquello que alguien tiene derecho a recibir; cuando se condiciona a tal grado las ayudas a los exclu-

¹⁷ MARGALIT, A.: *The decent Society*, Harvard University Press. Cambridge, 1996.

dos que les sustraemos su capacidad de decidir —con frecuencia los excluidos tienen un orden de prioridad que no se adecua a tu orden de preferencia ni a lo que tú entiendes por necesidades básicas (vgr., retiramos la ayuda si se compra un televisor o tabaco en lugar de libros para sus niños). Es humillante cuando se envía a alguien a casa de una madre soltera para controlar si hay algún hombre escondido bajo la cama, para de este modo retirarle el subsidio; o se le manda al domicilio del parado para ver si está en casa o está en el bar.

Reconocer la dignidad de los excluidos

La responsabilidad ante la exclusión es un acto de reconocimiento, que asume la dignidad; casi inconscientemente, cuando hablamos de la dignidad de los excluidos, lo hacemos en términos de darla, de devolverla a quienes, por circunstancias históricas o de otro tipo, están privados o despojados de ella; nunca o casi nunca consideramos la posibilidad de asumirla activamente por parte de los mismos desposeídos: hablamos de ellos pero sin ellos y, de este modo, reproducimos el esquema perverso de devolverles la dignidad. Y a la inversa, a los excluidos les resulta más fácil pensar en recobrar la dignidad de manos de quienes se la niegan, que en reconocer lo que ya tienen. De lo cual se deduce, en un plano más pragmático, que el mejor argumento en favor de tal dignidad es que la afirmen precisamente los que carecen de ella.

La lucha contra la exclusión sólo se realiza en el reconocimiento de las potencialidades de los excluidos, que deja de verles como objeto de ayuda y se interesa verdaderamente por ellos y por su mundo. La ayuda sin reconocimiento acaba proyectando sobre ellos su voluntad de poder, serán sólo portadores de ayuda e incapaces de recibirla. El reconocimiento trastorna radicalmente la relación de dominio que a veces planea sobre el ejercicio de la ayuda. De este modo, el reconocimiento se despliega en cooperación y subraya que sólo se pueden resolver problemas mediante decisiones compartidas y acciones racionales que pasen por la colaboración. El secreto de la cooperación está en la confianza en el debate y en la discusión racional.¹⁸ Nada horroriza tanto a los excluidos como habitar en un lugar en que se desconfíe de ellos y se les retire su propia posibilidad de participar. La ayuda a los excluidos es

¹⁸ PIEL, G.: *Only One World: Our Own to Make and to Keep*, Freeman, 1992. Cfr. SEN, A. La explosión demográfica. Mitos y realidades, en *Letra internacional* 37 (1995), pp. 6 y 8.

siempre un camino de ida y de vuelta. La dirección de la ayuda no va en una única dirección, como si los empobrecidos fueran sólo simples magnitudes negativas; la ayuda que se les da envilece, tanto al que da como al que recibe.

No se lucha contra la exclusión en mesas separadas, ni encerrándoles en espacios propios o en guetos espaciales, ni con leyes específicas de pobres, sino universalizando la salud, la educación, la vivienda, el trabajo, la cultura, la justicia, la formación, la protección de la familia y de la infancia.

Cortafuego de la acción colectiva

El estado actual de la exclusión se legitima sobre la imposibilidad de enfrentarnos al estado actual de las cosas, y de actuar sobre nosotros mismos y sobre la sociedad a través de nuestras ideas, nuestras esperanzas y nuestros conflictos. Existen dos versiones de esta tesis, que coinciden ambas en negar la responsabilidad personal y colectiva. El pensamiento hegemónico de derechas arroja serias dudas en razón de que estamos sometidos al poder de los mercados, quienes guían y marcan la dirección de las cosas. La izquierda, por su parte, coincide también en esta convicción, pero sitúa la impotencia en la parte de las víctimas, ya que estarían privadas de la conciencia de su situación: la omnipotencia de la economía mundial genera la idea de que las víctimas son solamente capaces de mostrar las contradicciones del sistema, manifestar su sufrimiento y la miseria. «Las dos posiciones opuestas, que pueden identificarse como pensamiento único y contrapensamiento único, tienen en común lo esencial: no creen ni el uno ni el otro en la formación de actores sociales autónomos, capaces de influir sobre las decisiones políticas».¹⁹

La geopolítica de la desesperanza

El triunfo definitivo de la exclusión está en la actual *geopolítica de la desesperanza*. Se trata de declararnos impotentes ante su erradicación y a las víctimas, incapaces de levantar su destino. Si los excluidos son incapaces de salir adelante, sólo están legitimadas la inactividad o las posiciones meramente defensivas. De este modo, se consagra la

¹⁹ TOURAINE. A.: *Comment sortir du libéralisme?* Fayard. 1998, p. 8.

cautela y el desprestigio sobre la capacidad de los *actores sociales* para influir autónomamente en las decisiones políticas; después de haber fragilizado a las clásicas organizaciones populares, como los sindicatos, las cooperativas o las asociaciones vecinales, estamos en plena campaña de desprestigio de las ONGs: las estrategias dictadas desde grandes centros de poder han logrado crear graves sospechas sobre ellas, de suerte que han pasado de ser torpemente glorificadas por su inocencia, a ser despiadadamente golpeadas por su invisible maldad. A pesar de ello, una rica geografía de actores sociales (movimientos sociales, organizaciones de defensa de los derechos humanos, comunidades populares, madres de la Plaza de Mayo...) intenta limitar la geopolítica de la desesperanza.

Asimismo, se intenta desprestigiar la *acción transformadora* como un ejercicio de voluntarismo y de bellas almas, que está destinada a crear buena conciencia, cuando en realidad alimenta todas las contradicciones existentes; lo único posible es consagrar la diferencia, la tolerancia y la gestión de lo existente como lo cultural, lo ético y políticamente correcto. Una vez que se niega la acción transformadora, los pueblos se entregan como víctimas o revientan en una erupción cuya represión ni siquiera deja huellas. El efecto más alarmante es la destrucción de las *estructuras colectivas*; cuando se debilita lo colectivo, los débiles no pueden resistir al furor económico, a la prepotencia del poder y a los egoísmos corporativos. Las estructuras colectivas, como los servicios de salud, educación, protección social, seguridad ciudadana..., han sido hasta hoy el distintivo de una civilización que se ha construido sobre el pacto social, por el cual el enfermo dependía del sano mientras estaba enfermo, el anciano dependía hoy del joven en la misma manera que éste dependió ayer de aquél, el parado se apoyaría en el trabajador mientras estuviera en el paro.

La suerte de los excluidos se ha complicado en los últimos años a causa de la destrucción sistemática de todas las *estructuras colectivas* con el fin de entronizar lo individual. Se devalúan los sistemas de protección en favor de los planes individuales de salud; se devalúan las pensiones para entronizar las jubilaciones; se devalúan las organizaciones para exaltar la generosidad personal; se critican los convenios colectivos para exaltar la relación personal del trabajador con la empresa. El huracán neoliberal antepone el mérito personal a la colaboración, la competencia a la cooperación y el éxito individual a la tarea compartida.

Buscar compañía

César VALLEJO, el gran poeta peruano, tiene un poema que es toda una parábola acerca de la acción colectiva. Dice que, al fin de una batalla, un soldado se estaba muriendo. Vino uno de sus compañeros y le dijo: «No te mueras». Pero el soldado siguió agonizando. Vino otro y otro de sus camaradas, repitiendo la misma súplica, pero el soldado seguía muriendo. Pero vino un millón de seres humanos y le dijo: «¡No te mueras!». Y el soldado se levantó y se fue caminando.

Para la tarea de erradicar la marginalidad necesitamos buscar compañía, porque ningún individuo puede enfrentarse solo con la verdad de estos infiernos: es un tipo de saber que hay que soportar entre muchos. Necesitamos comunidades, redes, grupos de trabajo en los que podamos cargar con la realidad juntos «y construir un nuevo tejido social alternativo en este tiempo de desarticulación de los movimientos y de las resistencias».

Y sobre todo, una acción conjunta que incorpore a los propios excluidos, que crea en las virtualidades latentes en cada ser y en sus potencialidades endógenas, confíe en su energía regeneradora y liberadora. En ellos siempre hay una llama que puede ser alimentada, una palabra que puede ser oída y una señal de esperanza que puede ser interpretada.

El cortafuego de la incondicionalidad

Hay un potente mecanismo creador de exclusión que se despliega hoy bajo la forma de la condicionalidad: se condiciona la ayuda a los países empobrecidos, se condiciona la subvención a los parados, se condiciona la entrada a la seguridad social, se condiciona la permanencia del niño en el recinto escolar, se condiciona el acceso a las pensiones de ancianidad, se condiciona la renta mínima... Los excluidos se encuentran atrapados por el mecanismo de la condicionalidad, hasta dejar sin sentido los valores de la donación, la gratuidad o la ciudadanía. Somos dignos de ser valorados, en razón de alguna condición personal, modalidad individual o circunstancia social, pero no por el mero hecho de existir.

La sociedad activa y la civilización del mérito

Su expresión más ideológica consiste en afirmar que nadie tiene derecho si no se lo merece por su comportamiento moral, es decir, la

condicionalidad moral: el individuo debe demostrar que merece el derecho que se le otorga, bien a través de su comportamiento o de su pertenencia a una comunidad política; sólo hay que ayudar a quien se lo merece. Asimismo, se ha consagrado *la condicionalidad mercantil* que ayuda a aquellos pueblos que pueden retornar la ayuda o han cotizado previamente; la ayuda humanitaria está hipotecada por el comercio. Finalmente, se está imponiendo la *condicionalidad financiera* que condiciona los derechos sociales a la existencia de presupuestos; no se trata de adecuar los presupuestos a las necesidades vitales de las personas, sino de condicionar éstas a la existencia presupuestaria.²⁰

Este mecanismo tiene efectos devastadores en el ámbito de los excluidos, ya que cuestiona la noción de derechos sociales y de ciudadanía social y valoriza, en cambio, las nociones de rentabilidad, flexibilidad, adaptación y competitividad. Como consecuencia, se aplica una mayor severidad en los controles y en las exigencias impuestas. Los derechos sociales inherentes a la ciudadanía (como el trabajo, la sanidad, la educación...) ya no son derechos de cualquier miembro de una comunidad humana, sino que se les somete a condiciones cada vez más restrictivas.

Recrear el don. La donación es el cortafuego ante la invasión de condicionalidades, que se alimenta en el paradigma del *amor incondicional*, esa energía que invade todo el universo y cada ser y hace que los seres existan y vivan unos por otros, en los otros y para los otros. Nadie está fuera de *esta relación incluyente*. Somos donantes unos de otros. Don Helder Cámara, el profeta de los pobres, no se cansaba de repetir en sus peregrinaciones por el mundo: «Nadie es tan rico que no pueda pedir, como nadie es tan pobre que no pueda dar».

El amor incondicional es aquél que no pone ninguna condición para ser vivido: ni condición de raza, de religión, de ideología o de mérito. Ama por amar; va al otro y reposa en el otro sin retorno ni recompensa. Es el amor incondicional el que da origen a la relación incluyente que por eso es divina: sólo Dios ama también sin condiciones ni presupuestos lo que no tiene valor, lo que puede repugnar y ni siquiera tiene rostro humano. El don resulta así absolutamente gratuito, asimétrico y, en consecuencia, universalizable.

²⁰ PETRELLA, R.: *El bien común. Elogio de la solidaridad*. Temas de debate. Madrid, 1997, p. 49.

Los grupos samaritanos son hoy el dique y el cortafuego frente a la condicionalidad en todas sus versiones. Poseen, como observa Leonardo BOFF en *El águila y la gallina*, características maternas en la medida que siente compasión por el que fracasa y recoge lo que se perdió; como la madre María de las comunidades indígenas de Guatemala «quiere más al hijo enfermo mientras está enfermo, al ausente mientras está de viaje, al pequeño mientras es pequeño». Y al hacerlo, activa un proceso de liberación que es profundamente terapéutico: fortalece al que es así amado, pues le acompaña y le envuelve en su caída, impidiendo que ésta sea completa e irremisible.

Junto a sus características maternas, recupera su dimensión militante que se despliega en el interior del conflicto y de las desigualdades al querer privilegiar a los que están peor situados; elegir a los excluidos es asunto *difícil* en un mundo donde prima más la injusticia, la mentira, la opresión y la muerte, que la justicia, la verdad, la libertad y la vida. Es un asunto *peligroso* porque se trata de anunciar lo que el poder no quiere oír: que los excluidos son producidos histórica y estructuralmente. Es un asunto *maldito* porque se trata de mostrar que es una realidad dialéctica: hay excluidos porque hay integrados. Lo propio y característico de la contracultura de la solidaridad es asumir la «asimetría» de las relaciones humanas y transformarla en imperativo ético y político a favor de aquéllos que sufren las consecuencias negativas.²¹

Finalmente, las políticas contra la exclusión necesitan de las tradiciones asentadas sobre la experiencia de la gratuidad. Existen tradiciones religiosas y culturales que hoy aportan el reconocimiento de la dignidad sin condiciones ni presupuestos²² y de este modo se cultivan en contacto con las fuentes de la vida, que puede ser experimentada y dinamizada desde el amor incondicional.²³ Es el gozo de estar juntos que despierta la pequeña bondad de cada ser humano, esa bondad que la tradición ilustrada identificó con las virtudes cívicas. Un gozo y una alegría, que no necesita disminuir el peso de la realidad. Hemos de huir de toda explicación de la marginalidad —incluso de las teologías de la marginación— que sirva para naturalizar la exclusión y banalizar una

²¹ VIDAL, M.: *Para entender la solidaridad*. EVD. Estella, 1996, p. 49.

²² ROSANVALLON: La revolución del derecho a la inserción, en *Debats*, 54 (1996), p. 40.

²³ Cfr. DOMENECH, A.: *Isegoria*. p. 6.

realidad donde anida la violencia extrema y donde la muerte acampa sin sentido. Lugares de sombra eterna, les llamó Antonio Machado; fortalezas sin puentes levadizos, les nombró Albert Camus. Podemos caminar con ellos, pero con la humildad del caminante que sabe que «se hace camino al andar»; pero sobre todo, como quiere Pedro Casaldáliga, desde la esperanza y desde los pobres de su pueblo: «Para que los atascados se puedan reanimar./Para que los ya perdidos/nos puedan reencontrar.»